

ELINOR MELVILLE

(11 de septiembre de 1940 – 10 de marzo de 2006)

La publicación de *A plague of sheep* en 1994 fue un evento en el sentido más puro de la palabra: algo que se presenta causando sorpresa y alterando el curso ordinario de los acontecimientos. La finura y sofisticación de ese estudio del cambio ambiental en el Valle del Mezquital a lo largo del siglo XVI motivaron general admiración entre los historiadores mexicanistas, sobre todo porque habían pasado años sin que se hubiesen tratado temas de tal naturaleza. El libro, pronto traducido al español, no sólo aportó información minuciosa y una metodología original sino que motivó el despegue de los temas ambientales en la historiografía mexicana a la luz (o a la sombra) de descomunales rebaños de ovejas que arrasaban con pastos y suelos. Profesionales y estudiantes empezaron a interesarse en temas de tal naturaleza, y muchos abandonaron su preferencia por tópicos más tradicionales para adentrarse (más o menos) en las complejidades de ésta que, para algunos, está llamada a ser la *mainstream history* del siglo XXI. *A plague of sheep* no estuvo exento de polémica y algunas objeciones, en particular porque daba pie a generalizar a partir de ejemplos particulares. Pero eso no era realmente culpa suya. Así que desde un primer momento ocupó lugar entre los clásicos y marcó un parteaguas en la literatura académica mexicana.

Y si el libro causó sorpresa, no fue menos la aparición de su autora. Elinor Melville había seguido una carrera atípica que le llevó a insertarse de manera relativamente irregular en el ámbito de los historiadores mexicanistas. Ciertamente que había presentado los avances de su trabajo en algunas reuniones durante los años ochenta. Más aún, su primera publicación importante, incluida en un número de *Comparative Studies in Society and History* de 1990, recibió el premio Bolton de la Conference on Latin American History al mejor artículo publicado en ese año. Pero ella no era una de esas figuras traídas y llevadas entre los especialistas en la historia de México. Muy al contrario. Habían pasado casi quince años desde sus estancias en las salas de lectura del Archivo de Indias, donde trabajó con los documentos del tributo novohispano del siglo XVI y con algunos de los que más tarde utilizó en el estudio del Mezquital. Después de eso la vida le llevó por otros rumbos. Combinaba su desempeño profesional como fisioterapeuta “su primera formación” con aficiones arqueológicas y estudios de antropología. En algún momento pensó en no emprender estudios de doctorado; no obstante, lo hizo, y alcanzó el grado en 1983, en Michigan, donde Charles Gibson hizo revivir su interés por los temas históricos y, desde luego, por México. En este país, al que cada vez se habría de ligar más, dio rienda suelta a otra de sus aficiones: adquirió un terreno y diseñó una casa en Tlayacapan, pueblo del que se enamoró. Hay que notar que en Toronto y en Puebla remodeló o acondicionó no menos de seis casas, asunto para el que era tan buena como para la cocina y la costura. Asimismo era excelente jinete y se dice que muy buena tiradora. En medio de todo este abanico de ocupaciones había dejado de lado la elaboración final de su

obra sobre el tributo, pero a cambio de ello se ligó con los cultivadores de la historia ambiental. Empezó su estudio sobre el Mezquital completándolo con material de archivos mexicanos y, en el proceso, ganó un lugar, fuera de este país, en el espacio de esa nascente especialidad de la ciencia histórica en la que es tan importante la superposición de los límites académicos y espaciales. Con tan inusual currículum, y siendo una figura relativamente poco conocida en el ambiente académico mexicano, se comprenderá por qué su entrada definitiva al gremio fue espectacular.

* * *

No más espectacular que la misma Elinor Melville. Y en efecto lo era. Descollaba por su estatura, y quienes la recuerdan de sus días en el Archivo de Indias aseguran que le cuadraba muy bien el mote de “La Giralda” con el que se referían a ella, tan enhiesta, señorial y multifacética como la torre misma. Sus vecinos canadienses, con menos ingenio, la llamaban “Legs Melville”. Pero aún era más llamativa por su inagotable energía, la infinidad de sus intereses, su risa estruendosa y la sonrisa amplia y feliz que la acompañaba a todas partes. Y ciertamente, como con el Gato de Cheshire, bastaba con ver su sonrisa para saber que se trataba de ella.

Su biografía no era menos singular. Su ascendencia escocesa ocultaba el hecho de que nació en lo que después se conocería como Papua Nueva Guinea, donde su padre trabajaba como supervisor de minas. La familia logró huir a Australia en un último vuelo antes de la invasión japonesa en 1942. Cuando el padre murió dos años más tarde, la madre, insatisfecha en el cerrado ambiente de Queensland donde

vivía con algunos parientes, se mudó al espacio más libre de Nueva Zelanda. Y fue ahí donde la pequeña Elinor llegó a la primera juventud en una estación ovejera, experiencia que mucho ayuda a explicar la gran familiaridad con que años después abordó intelectualmente la temática de las características y consecuencias de la ganadería menor —así como la incorporación de un capítulo comparativo con Australia en *A plague of sheep*. Ya adolescente vivió en la pequeña y pintoresca ciudad de Gisborne, al norte del país, donde terminó su *high school*, y luego se mudó al extremo sur, a Dunedin —sede de la más prestigiosa de las universidades neozelandesas, la de Otago—, donde estudió una carrera como fisioterapeuta. Completó su ejercicio profesional en un buque hospital y, a los 23 años, ataviada según recuerdan sus vecinos con zapatos de plataforma y minifalda, irrumpió estrepitosamente en el escenario canadiense, primero en las frías soledades de Terranova y después en la cosmopolita Toronto, que a partir de entonces, y hasta su muerte, sería el lugar de su residencia permanente. Allí, asentada por primera vez en un gran medio urbano, fue que retornó a una vida de estudiante, encaminándose hacia la antropología, y donde más tarde, en 1988, obtuvo plaza en la York University como profesora en los departamentos de historia y estudios ambientales. Como docente adquirió pronta celebridad. Sus programas de curso circularon ampliamente y contribuyeron a una inserción de los temas latinoamericanos en el conocimiento y los modos de pensar de historiadores dedicados a otras partes del mundo.

Al éxito de *A plague of sheep* siguió la actividad relevante de Elinor Melville en la American Society for Environmental History y la publicación de varios estudios especializados, el

último de los cuales fue un capítulo sobre el uso del suelo, las transformaciones ambientales y el comercio de larga distancia en la recientemente publicada *Cambridge economic history of Latin America*. No pudo concluir, sin embargo, el estudio con que se inició, treinta años atrás, en los estudios mexicanos, y del que sin embargo dejó materiales y notas elaborados bajo el título de *Tribute for the King of Spain: Spanish requirements, Aztec institutions, and royal tribute in New Spain (1531-1538)*.

Lo que truncó su carrera fue el cáncer. Y sin embargo afrontó la enfermedad con una entereza admirable desde el momento en que le surgió, en el año 1999. De hecho, el mal la mató, pero nunca la derrotó. Entusiasta, brillante y buena anfitriona hasta el final, siempre rodeada de amigos que ocupaban el lugar de una familia propia que nunca tuvo, enamorada de los paisajes mexicanos que recorría con emoción, no prescindió de sus actividades. Aun en los momentos más difíciles, durante sus estancias en el hospital, discutía las tesis de sus estudiantes literalmente al pie de los aparatos de quimioterapia. Alguno de ellos recuerda que sacar el tema de las ovejas de Tlaxcala en tal situación era, en el fondo, un asunto verdaderamente cómico. Pero así era la vitalidad de Elinor. Pocos días antes de morir se presentó en un programa nacional de la televisión canadiense en el que juzgó que, compartiendo sus impresiones, podía impartir fuerza y ánimo a otras personas que pasaban por lo mismo. Pidió que se le recordara con una fiesta en Tlayacapan bien rociada de tequila. Así será, sin duda, pero su nombre estará presente en muchas ocasiones más. Lo recordarán quienes consulten sus microfilmes, materiales y notas de trabajo en la Colección Benson de la Universidad de Texas, institución a la que los legó, y

asimismo quienes lean un libro más que logró completar en sus últimos momentos: una ambiciosa historia ambiental de Latinoamérica que será publicada por la Universidad de Nuevo México. Puede anticiparse sin género de duda que será un libro extraordinario y que demostrará que Elinor Melville supo acompañar la luz que derramó al entrar en los escenarios de su vida con una salida no menos luminosa.

Bernardo García Martínez
El Colegio de México